

## La alegría del Evangelio. Acerca de la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*\*

### The Joy of the Gospel. On the Apostolic Exhortation *Evangelii Gaudium*

Ruth María Ramasco  
Universidad Nacional de Tucumán  
rmramasco@gmail.com

**Resumen:** Las primeras palabras de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* nos indican la propuesta que recorre esta obra: “invitar a una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría, indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años”. Esto es lo primero que debemos entender: ¿hemos llevado a cabo una nueva etapa evangelizadora, marcada por esa alegría? Debemos pensar que esta nueva etapa se concretiza en acontecimientos concretos, pero nos demanda escuchar nuestro corazón y el de la Iglesia toda.

**Abstract:** The first words of the apostolic exhortation *Evangelii Gaudium* indicate the proposal that runs through this work: “to invite a new evangelizing stage marked by joy, to show paths for the progress of the Church in the coming years”. This is the first thing we must understand: have we carried out a new evangelizing stage, marked by that joy? We must think that this new stage takes shape in concrete events, but it requires us to listen to our hearts and that of the entire Church.

**Palabras claves:** Evangelio, alegría, Iglesia, amor, Cristo

**Keywords:** Gospel, joy, Church, love, Christ

---

\* Una primera versión de este trabajo fue presentada en la mesa panel “*Evangelii Gaudium*. Un sueño misionero. Recepción y desafíos a 10 años de su publicación”, organizado en conjunto por la Acción Católica Argentina, la Facultad de Humanidades (UNSTA) y el Departamento de Formación Humanístico Cristiana (UNSTA), el día 24 de noviembre de 2023 en San Miguel de Tucumán.

A renglones de las primeras palabras de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, nos encontramos con la propuesta que la vertebrada: “invitar a una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría, indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años” (n. 1). No la alegría que proviene del consumo y la ostentación de sus bienes; no la alegría que se resuelve en la propia persona; no la alegría de los logros individuales: la alegría que proviene de Jesús, el Cristo. Como lo dirá más adelante: esa alegría que es “la vida del Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado” (n. 2), no de “un corazón cómodo y avaro” (n. 1).

Esto es lo primero que nos es preciso rumiar: ¿hemos llevado a cabo una nueva etapa evangelizadora, marcada por esa alegría? Esta nueva etapa se plasma en acontecimientos concretos, logrados o por lograr, ya en camino o con extrañas parálisis, aceptados o rechazados. Debemos pensar en todo eso, es verdad; pero debemos también auscultar nuestro corazón: el de cada uno, el de nuestra Iglesia particular, el de la Iglesia toda. ¿Habita en nosotros la vida del Espíritu, transformando nuestro corazón “cómodo y avaro”? ¿Habita en nuestra Iglesia, que también se contenta a veces con un corazón “cómodo y avaro”? Nuestro corazón que, en palabras de Romano Guardini, es “el espíritu capaz de arder”. O, como escuché decir hace unos días al P. Vallarino, “ese lugar en nosotros donde ha sido derramada el agua del Bautismo”, “la verdad de nuestro ser”. En la lógica de la Redención, el agua y el fuego no se excluyen: el agua del Bautismo nos ha donado la verdad de lo que somos y ha hecho que nuestro corazón sea capaz de arder.

La exhortación nos da ciertas imágenes de esta alegría: “un brote de luz que nace de la certeza de ser infinitamente amado, más allá de todo” (n. 6); “(la) secreta, pero firme confianza, aún en medio de las peores angustias” (n. 6); aquello que procede, en palabras de Benedicto XVI, del “encuentro con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida, y, con ello, una orientación decisiva” (n. 7, cita de *Deus caritas est*, 1). Cuando presenté esta exhortación hace ya diez años, dije (y lo ratifico) que la alegría es la redundancia del amor, aquella expansión gozosa de la vida en la que habita el amor. No el que procede de nosotros: el que procede de nuestro corazón al descubrir y responder al amor que ha querido habitar en nosotros. Ese amor que le ha sido ofrecido y comunicado. El amor que vivimos, ese fuego encendido en nuestro corazón personal y en el corazón de la Iglesia (fuego que nos quema, nos lava y refresca, fuego que quema a la Iglesia, la lava y devuelve su frescura), es comunica-

ción que pide comunicación, fuego que pide arder. La evangelización es sólo el impulso del corazón de la Iglesia al arder, el amor que busca comunicar el amor, tanto en la pastoral ordinaria, como cuidado de la comunidad creyente, como en el ofrecimiento de la novedad del cristianismo a los bautizados que no viven según la fe, como en el ofrecimiento de esa vida a todos los hombres. No importa cuán desconcertados estemos, o cuántas estructuras deban renovarse, o cuánto reconocimiento y rectificación de malicias y errores haya que hacer: el Evangelio tiene siempre la potencia de lo nuevo, aunque nosotros nos sintamos sin fuerzas.

La evangelización, por ende, no es aislamiento, no puede ser violencia, no puede ser poder y sujeción, no puede ser un régimen de miedos y pusilanimidad. Tampoco rechaza los esfuerzos anteriores, ni se desprende de la vida toda de la Iglesia: “La alegría evangelizadora siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida” (n. 13). No tiene nuestra medida, sino la del Espíritu, aunque poseamos límites históricos y debamos atravesar procesos. Pero no podemos pensar sólo en este momento de la historia y en nuestras fuerzas; ni siquiera en la humanidad de nuestra vida de Iglesia, tantas veces esmirriada, codiciosa, perversa (y los santos son quienes más conocen esa faz de la Iglesia). Sin embargo, en el corazón de la Iglesia, en el corazón de cada bautizado, habita la potencia de la Resurrección. Como dice la exhortación: “No huyamos de la Resurrección del Señor; nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase” (n. 3).

Desde esta impronta de la alegría, y jamás sin ella, *Evangelii Gaudium* propone esta comunicación de la alegría del evangelio: 1. La transformación misionera de la Iglesia - 2. En la crisis del compromiso comunitario - 3. El anuncio del Evangelio - 4. La dimensión social de la Evangelización - 5. Evangelizadores con Espíritu.

El esquema es profundamente dinámico. No podemos preguntarnos sólo si hemos cambiado eficazmente, aunque sea importante: nos es obligatorio preguntarnos si el corazón de la Iglesia, que es el Espíritu de Amor, libre, potente, impredecible, capaz de recrear todo lo que toca, desestabilizador, expansivo e inclusivo, compasivo, asoma un poco más en el rostro vivo, histórico, concreto, de la realidad eclesial. Más aún: si hemos logrado que su potencia afecte a la realidad del mundo. Porque no nos es dado para la Iglesia sino para que el mundo entero participe de la alegría del amor de Dios. Y no pueden nuestras faltas de justicia, nuestras cegueras, nuestra falta de arrojo

para la verdad, nuestra impotencia para la vida en comunión, nuestras mezquindades, nuestros abusos de cualquier tipo, nuestra ausencia de lucidez, nuestro desconcierto y defensa cerrada frente a los cambios culturales, no pueden ser ellos la muralla que bloquee la fuerza del amor de Dios hacia todos los hombres. Porque si el amor de Dios no es la fiesta a la que hemos sido invitados y por la cual dejamos todo, si despreciamos esa invitación para atender nuestros asuntos, aunque creamos que atendemos los asuntos de la Iglesia (o nos lo digamos así a nosotros mismos), Dios tiene la potencia para enviar a los suyos a invitar a otros en los caminos. No, el manantial poderoso de su amor no puede ser contenido por nuestros diques.

La exhortación propone que, lejos de atender nuestros asuntos pequeños, salgamos al camino a invitar a la fiesta del amor de Dios. La transformación misionera es eso. La alegría se comprende desde allí: es “una alegría misionera” (n. 21), en la dinámica “del éxodo y del don” (n. 21). No nos permite construir comunidades de fe cerradas, satisfechas en sí mismas: están llamadas a ser núcleos vivos de comunicación, en este momento en el que tanto hemos auscultado los procesos de comunicación. No nos permite construir comunidades quietas: son comunidades itinerantes, con el riesgo que ello supone, así como experimentamos cuando alguna hija o hijo parten a un lugar desconocido y temblamos y los vemos luchar, sufrir, crecer. Comunidades que sienten que sólo el éxodo les permite entregar el don y que discernen cuándo llega ya el tiempo de volver a partir porque la semilla ha fecundado y el fruto asoma en los campos. Sólo una “secreta confianza” puede animar a ese riesgo.

Pensemos en ello cuando la meta de los dirigentes eclesiales se haya transformado en puestos que no quieren ser abandonados; lo pensemos cuando un sacerdote esté haciendo los cálculos de sus éxitos parroquiales; lo pensemos cuando haya obispos que pujen por obtener otra diócesis de más prestigio y poder. Lo pensemos cuando rechazamos los nuevos lugares de los seres humanos en el mundo y queramos imponerles que vuelvan a donde nos sintamos cómodos. La Iglesia no envía a algunos a los caminos: es toda Ella una comunidad itinerante. Su corazón es el Espíritu: es Él quien desentraña en la Iglesia y en el mundo lo que Jesús, el Cristo, nos ha manifestado sobre el amor de Dios y aún no entendemos.

Sólo el Espíritu puede hacernos comprender “esa libertad irrefrenable de la Palabra”, que “la Iglesia debe aceptar” (n. 22). Debemos preguntarnos si aceptamos esa libertad de la Palabra, capaz de interpelarnos y mostrar nues-

tras mezquindades, capaz de encontrar caminos donde sólo vemos montañas rocosas; capaz de ser quien “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (Lc 1:52)

“La intimidad de la Iglesia con Jesús es itinerante” (n. 23). Conversa con Él en el camino; come con Él en el camino; lo ve ser rechazado o recibido; se queda con Él; vuelve a partir con Él cuando decide volver a comenzar. Pues, si no hiciéramos así, lo perderíamos, y, si lo perdemos, ¿quiénes seríamos? ¿Qué sería una Iglesia sin Jesús, una Iglesia ya cansada de seguirle; una Iglesia que quiere descansar y construirse una casa segura, porque lleva caminando ya más de veinte siglos? La historia de la Iglesia nos dice que miles de veces no ha querido seguir a Jesús y también nos dice que todas las veces sus santos y santas o los hombres y mujeres sencillos, se han vuelto a buscarla para decirles que el Maestro la estaba esperando. Y la Iglesia tuvo que dejar de lado vestimentas complicadas y calzado incómodo, propiedades y honores, afectos y costumbres, porque si perdía a Jesús, nada poseía ya. La Iglesia no tiene razón de ser si deja de seguir a Jesús.

Desde ahí, no cabe sino una transformación misionera. La transformación toma entonces el nombre que le es insoslayable: es conversión. La conversión pastoral, propia de la misión, que no es rasgo de algunos, sino de la Iglesia toda, se torna conversión eclesial: conversión de la comunidad eclesial y sus estructuras, no sólo conversión de los individuos (nn. 26-28). Conversión de las Iglesias particulares, para poder discernir itinerarios nuevos (n. 30); conversión de sus pastores, sacerdotes u obispos, a veces mostrando el camino, adelante; a veces, junto a los suyos, mezclados con ellos, en unidad cordial; a veces, por detrás, siguiendo las intuiciones profundas de su fe, ya desde los caminos de la piedad popular o la comunión del cuerpo en la fe de sus miembros (*sensu fidelium*) (n. 31). Conversión del papado y de las estructuras centrales de la Iglesia universal (n. 32).

Esto es lo que también debemos preguntarnos: ¿hemos profundizado en estas decisiones y procesos de conversión? ¿Hemos permitido que “la libertad irrefrenable de la Palabra” pueda producir estructuras nuevas o, al menos, intranquilece las antiguas? ¿Nos sentimos molestos por una Iglesia en procesos de transformación? ¿Enojados con los cambios culturales del mundo y no desafiados por ellos y en procesos de discernimiento? ¿Cuánto del esplendor de la justicia brilla frente a los ojos de los hombres y mujeres, los acompaña en sus luchas, los consuela en sus desalientos, celebra junto a ellos con sus logros, a través de las acciones y movimientos de la Iglesia? ¿Vivimos, como sacerdotes y

obispos, ese desplazamiento de lugar de una comunidad que, a veces, nos sigue, a veces nos rodea, a veces, se adelanta a nuestros pasos? ¿Qué modificaciones se han producido en el papado y en los organismos de la curia? ¿Está dispuesta la Iglesia al ímpetu del amor que brota del corazón resucitado de Jesús, el Cristo?

El mensaje requiere ser transmitido de manera que trasunte “la belleza del amor salvífico de Dios, manifestado en Jesucristo muerto y resucitado” (n. 34).

¿Podremos hacerlo sin escuchar en silencio respetuoso, no defensivo ni amurallado, las nuevas palabras, alegrías y dolores del mundo, sin importar si entendemos o no, si estamos de acuerdo o no? ¿Podemos discernir en ellos sus auténticos reclamos de justicia y llevarlos hacia nuestra mirada y nuestra acción? ¿Podemos escuchar primero el dolor y recién luego su grito y su rechazo de nuestra presencia? ¿Tendremos el valor de oponernos a sus decisiones, no porque queramos que nos obedezcan, ni porque pretendamos poseer poder en la sociedad, sino porque tememos que pierdan el amor de Dios que los busca? ¿Podremos transformar nuestra vida en salud para otros, en compañía y consuelo? (Jesús no pedía a nadie que fuera de Israel para sanarlo o para compadecerse de él o de ella)

¿Cómo escucharemos los desafíos del mundo contemporáneo, los desafíos culturales, los desafíos de la inculturación de la fe (tal como son expresados en el capítulo 2), sin una decidida renuncia a la violencia y la imposición? ¿No necesitamos volver a descubrir la verdad luminosa de nuestra fe, para poder encontrar caminos de ofrecimiento pacíficos? ¿No necesitamos volver a seguir el camino de la Encarnación, con Dios aprendiendo de los hombres, que habla luego con sus palabras y les ofrece su Misterio? ¿Podemos, con humildad, descubrir al Dios que convierte por medio del mundo que no cree en nosotros? ¿Qué significa, en términos de conversión, la inclusión de la diversidad cultural? ¿Qué significa, en términos de desierto de comunión, los lugares de exclusión que aún mantenemos? ¿Cómo haremos para incluir a todos, sin que deje de sernos insoslayable el momento de anunciar explícitamente el Misterio de Jesús, el Cristo, de su muerte y su resurrección?

¿No nos urge la comunión de biblistas y teólogos dogmáticos, espirituales y morales, la agudeza lúcida de sus pensadores, el arrojo pastoral de sus sacerdotes y obispos, la integridad y honestidad de sus hombres y mujeres en sus decisiones sociales, políticas y económicas? ¿No nos urge la profundidad en la fe de sus educadores y sus instituciones educativas, deslumbrados por la verdad en dinámica de caridad, sin sujetarse a honores ni privilegios?

El capítulo 3 nos hace poner los ojos en el Anuncio del Evangelio. El n. 111 dice así: “La evangelización es una tarea de la Iglesia. Pero este sujeto de la evangelización es más que una institución orgánica y jerárquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios. Es ciertamente un Misterio que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende toda necesaria expresión institucional [...] y tiene su fundamento último en la libre y gratuita iniciativa de Dios.”

Si no entendemos esta realidad desde el amor libre de Dios y la libertad de nuestro amor, corremos el riesgo de creer que alguna modificación podrá darnos la Iglesia que queremos, capaz de anunciar el Evangelio a todos los hombres. No es así: son necesarios y buenos muchos cambios, pero ninguno podrá eximirnos del riesgo del amor. Aplaudo con todo mi corazón el camino sinodal y, sin embargo, sé que puede ser destruido por el rechazo al amor de Dios. O retardado, o despotenciado. La libertad del ofrecimiento de Dios, la libertad de la respuesta de la Iglesia, pueblo en camino, a ese ofrecimiento, trasciende toda estructura, incluso aquellas que son buenas. Creer en la inmensidad del amor ofrecido nos hace experimentar, “con temor y temblor”, la hondura misteriosa de nuestra libertad y el riesgo de no poder o no saber responder al Amor. Sin anclarnos en el amor gratuito de Dios como hondura del Misterio de la Iglesia, no podremos tener la fuerza requerida para los cambios.

Es por eso que la Iglesia en salida misionera es una Iglesia en dinámica viva de conversión; una dinámica que nos deja en carne viva, capaz de llegar hasta nuestros huesos. Una Iglesia en salida misionera es una Iglesia que atraviesa el riesgo de responder o no al amor de Dios.

Tal vez esa sea la pregunta que más hondamente debemos recibir en nuestro corazón, a diez años de la publicación de *Evangelii Gaudium*:

-¿Estás dispuesta, como Iglesia, a convertir tu corazón para que brote de él mi Amor?

No sabemos si podremos y tenemos mil miedos humanos, pero pedimos a María que su fe nos sostenga y nos conduzca, pues no queremos rechazar su Amor. La Iglesia, en María, encontrará el camino para responder con amor al Amor.



Publicado bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional